

**CONSIDERACIONES  
EN TORNO  
A LA MÁS  
POPULAR  
INTERPRETACIÓN  
DE LA  
“REVOLUCIÓN  
INDUSTRIAL”**

► Ludwig  
Von  
Mises

CLÁSICOS  
CONTEMPORÁNEOS | **12**





CONSIDERACIONES  
EN TORNO  
A LA MÁS  
POPULAR  
INTERPRETACIÓN  
DE LA  
“REVOLUCIÓN  
INDUSTRIAL”

► Ludwig  
Von  
Mises

CLÁSICOS  
CONTEMPORÁNEOS | 12

www.cedice.org.ve

**CONSIDERACIONES  
EN TORNO  
A LA MÁS  
POPULAR  
INTERPRETACIÓN  
DE LA  
"REVOLUCIÓN  
INDUSTRIAL"**

► Ludwig  
Von  
Mises

CEDICE LIBERTAD,  
PRIMERA EDICIÓN, 1985  
SEGUNDA REEDICIÓN, 2019

DL: DC2019001504  
ISBN: 978-980-7118-79-8

**COLECCIÓN  
CLÁSICOS  
CONTEMPORÁNEOS**

**COORDINACIÓN GENERAL**

Rocío Guijarro

**COORDINACIÓN EDITORIAL**

RGT Comunicaciones

**TRANSCRIPCIÓN**

Amalyn Pérez


**DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**

Eylin Serrano

© Centro de Divulgación del Conocimiento Económico «CEDICE»<sub>1</sub>

**Caracas, Venezuela 2019**

Está permitida la reproducción de esta publicación, citando la fuente y con autorización previa del Centro de Divulgación del Conocimiento Económico «CEDICE»

 +58 212 571.3357

 [cedice@cedice.org.ve](mailto:cedice@cedice.org.ve)

 @cedice

Av. Andrés Eloy Blanco (Este 2) Edificio Cámara de Comercio de Caracas. Nivel Auditorio  
Los Caobos, Caracas, Venezuela.

## PRESENTACIÓN |



**CEDICE LIBERTAD** celebra 35 años de trabajo en favor de la libertad individual, la iniciativa privada, la libre empresa, el respeto al derecho a la propiedad, el gobierno limitado y la búsqueda de la paz, un reto asumido que sigue guiando su labor en pro de la transformación de Venezuela.

Fue en 1984, cuando 40 venezolanos: empresarios, intelectuales y profesionales de distintas disciplinas decidieron fundar la organización para promover la transformación de la sociedad e insertar al país en la dinámica mundial, para ello consideraron fundamental divulgar las bondades de la libertad económica, la ética, la acción humana, la doctrina del liberalismo, como base para sociedad de ciudadanos libres y responsables.

| 5

En ese momento –y aún lo creemos fervientemente, con un trabajo sólido que mostrar en 35 años- que transmitir, educar, generar conocimiento y divulgar las ideas de una sociedad libre sigue siendo fundamental, ahora más que nunca

Desde entonces se han desarrollado las más diversas actividades. En cada uno de los programas que lleva adelante la institución, porque el compromiso con una Venezuela libre está sellado, ya que creemos firmemente, en que la única alternativa para nuestro país es la democracia liberal, para lograr pleno disfrute de la libertad individual en un sistema basado en la cooperación voluntaria.

Apoyo fundamental en los inicios de CEDICE, para la divulgación de las ideas fue **El Diario de Caracas**, uno de los medios de comunicación más comprometidos con estos principios, en ese momento dirigido por el miem-

bro fundador Carlos A. Ball M., empresario, intelectual liberal, preocupado siempre por el orden social de la libertad, para eliminar la pobreza y a quien hacemos un merecido reconocimiento con esta publicación. Este diario difundía semanalmente los libros que vendía la librería de Cedice, artículos de opinión de intelectuales vinculados a la institución y los domingos aparecían desplegados los **Clásicos Contemporáneos**, textos y documentos de autores clásicos y modernos que contenían ideas transformadoras para una sociedad de progreso y bienestar. Estos materiales no han perdido vigencia a pesar del tiempo, pues por ello son clásicos y de allí que en el marco de este 35 aniversario hemos querido poner en manos de los lectores interesados en estas ideas, especialmente de los más jóvenes.

El impacto en las comunidades de estos artículos, fue el origen de la primera edición de **Clásicos Contemporáneos** en 1985. Un volumen que reunía treinta ensayos de esta sección publicada en El Diario de Caracas que colocaba temas de importancia de diversos autores y que eran poco conocidos en el país.

Treinta y cinco años el país vive una profunda crisis económica, social, política, ya advertida en estos ensayos que conforman los Clásicos Contemporáneos; sin embargo, la tarea de Cedice Libertad y el compromiso por seguir trabajando para que todo cambie, sigue intacto.

6 | Es por ello que se ha hecho una selección para publicar de manera digital de doce de estos ensayos que consideramos fundamentales para el momento que vive el país, convencidos que su lectura, será propicia para conocer más las ideas de estos pensadores además de su claridad, calidad y capacidad para comprender los fenómenos sociales, cuando se atenta contra la libertad del individuo.

La selección de **Clásicos Contemporáneos**, contiene artículos de Friedrich von Hayek, Milton Friedman, James Buchanan, Ludwig von Mises, Paul Johnson, Robert Nisbet, Henry Hazlitt, Luigi Einaudi, Ernest van Den Haag, Murray Rothbard y Enrique Auvert. Pronto estaremos completando la colección con los demás ensayos que se publicaron.

Esperamos con este aporte contribuir al debate de las ideas, que lleven a Venezuela a insertarse en el mundo donde la vida, la libertad y la propiedad son la base para el desarrollo y la prosperidad.

*El Consejo Directivo*

## BREVE BIOGRAFIA |

► Ludwig  
Von  
Mises **1881**  
**1973**

**Von Mises** tenía gran fe en el poder de razonamiento humano. Sus creencias parten de la idea de que los individuos tienen el poder de discernir, pero no “el Estado” ni “la sociedad”. Las contradicciones y desastrosas consecuencias de los errores hoy prevalentes –tanto en el terreno político como en el económico– están provocando una saludable reacción en el pensamiento, animado por el espíritu de libertad tan tenazmente defendido por von Mises.

Entre sus obras escritas se encuentran: *Teoría del dinero y del crédito* (1912), *Socialismo* (1922), *Liberalismo* (1927), *Crítica del intervencionismo* (1929), *Problema epistemológicos de la economía* (1933), *Gobierno omnipotente* (1944), *Burocracia* (1944) *La acción humana* (1949), *Teoría e historia* (1957), *El fundamento último de la ciencia económica* (1962)

| 7

**CONSIDERACIONES EN TORNO A LA MÁS POPULAR INTERPRETACIÓN DE LA “REVOLUCIÓN INDUSTRIAL”** es un ensayo en el cual derrumba leyendas en torno a este proceso.





## CONSIDERACIONES EN TORNO A LA MÁS POPULAR INTERPRETACIÓN DE LA “REVOLUCIÓN INDUSTRIAL”

▲  
| Ludwing von Mises

Suele decirse que la historia del industrialismo moderno, y sobre todo la, historia de la “revolución industrial” en Gran Bretaña, brinda prueba evidente de la procedencia de aquellas doctrinas denominadas “institucionales” o “realistas” frente a la manifiesta inadmisibilidad del “abstracto” dogmatismo de los economistas.

Niegan en modo terminante los economistas que la acción sindical o la legislación social hayan jamás beneficiado permanentemente y elevado el nivel de vida de las masas trabajadoras en su conjunto. Los hechos, sin embargo -rearguyen los antieconomistas- han puesto de manifiesto la inexactitud de tales asertos. Aquellos gobernantes y legisladores que comenzaron a reglamentar las relaciones laborales se percataban de la realidad con más precisión que los economistas. Mientras los teóricos del *laissez faire*, sin piedad ni compasión, aseguraban que no era posible remediar los sufrimientos de las masas trabajadoras, el buen sentido de gentes carentes de especialización económica, supo poner coto a los peores excesos del afán de lucro de mercaderes y negociantes. Si las condiciones de trabajo de los obreros han mejorado hoy en día, ello se debe exclusivamente a la intervención de las autoridades y a la presión de los sindicatos.

En tal modo de pensar se basa la mayor parte de los estudios históricos que se ocupan de la evolución del industrialismo moderno. Quienes los escriben comienzan siempre por presentar al lector idílica visión de la situación anterior a la revolución industrial. Prevalecía en tal época un es-

tado de cosas –nos dicen- sustancialmente agradable. Los agricultores eran felices. Los artesanos también se sentían satisfechos bajo el sistema de producción doméstica. Trabajaban en sus propias casas, gozando, hasta cierto punto de independencia económica, al sentirse propietarios de sus tierras y de sus instrumentos de trabajo. Pero, de pronto, sobre aquellas felices gentes "cayó la revolución industrial como una guerra, como una plaga". La fábrica sometió al antes libre trabajador a virtual esclavitud; rebajo su nivel de vida, permitiéndole meramente sobrevivir: al hacinar a mujeres y niños en infectos talleres destruyó la vida familiar, minando las bases en las que se asienta la sociedad, la moralidad y la salud pública. Un puñado de explotadores sin escrúpulos, arteramente logró imponer servil yugo a la mayoría otrora dichosa.

La verdad, sin embargo, es que las condiciones económicas anteriores a la revolución industrial eran hartamente insatisfactorias. El tradicional orden social carecía de elasticidad suficiente para atender las más elementales necesidades de una población en continuo crecimiento. Ni los campos ni los gremios podían dar acogida a las nuevas generaciones de trabajadores. Privilegios y monopolios enrarecían la vida mercantil, por doquier prosperaban las licencias y patentes monopolísticas; una filosofía de restricción, que rehuía la competencia, tanto en la esfera nacional como en la internacional, dominaba las mentes. Era mayor cada día el número de personas sin puesto que ocupar en aquel rígido sistema engendrado por el paternalismo y el intervencionismo estatal. Eran gentes virtualmente desheredadas. La mayor parte de ellas, apáticamente, vivían de las migajas que los privilegiados les echaban. Durante la época de la recolección ganaban misera soldada ayudando en las faenas del campo; el resto del año dependían de la caridad pública o privada: Miles de bizarros muchachos no tenían más remedio que alistarse en el Ejército o en la Marina; muchos de ellos morían o se inutilizaban en acciones guerreras; más aún perecían sin gloria a causa de la bárbara disciplina, las enfermedades tropicales o la sífilis. Otros. Más osados y aguerridos, infectaban campos y ciudades como vagabundos, mendigos, pícaros, salteadores y prostitutas. Las autoridades no sabían qué hacer con tales gentes, a no ser encerrarlas en asilos o dedicarlas a trabajos públicos obligatorios. El apoyo que en las esferas oficiales hallaban los prejuicios

populares contra las máquinas ahorradoras de trabajo y los nuevos inventos impedía dar solución eficaz al problema.

Aparecieron y se desarrollaron los primeros talleres y fábricas en lucha incesante contra todo género de dificultades. Tenían aquellos empresarios que combatir los prejuicios de las masas, los usos tradicionales, las, a la sazón, vigentes normas legales y reglamentarias, la animosidad de las autoridades, la oposición de los privilegiados, la rivalidad de los gremios. El capital y el equipo de tales empresas eran insuficientes: resultaba difícil y oneroso obtener crédito. Nadie tenía experiencia técnica ni comercial. Los nuevos industriales, en su mayoría fracasaban; pocos, relativamente, lograban triunfar. Las ganancias, a veces eran grandes; pero también lo eran las pérdidas. Habían de transcurrir décadas antes de que el hábito de reinvertir los beneficios permitiera acumular más sólidos capitales y ampliar las actividades.

El que las industrias, pese a tantos obstáculos, lograran pervivir, debióse a dos factores. Los nuevos promotores veíanse amparados, en primer lugar, por las enseñanzas de aquella revolucionaria filosofía social que los economistas habían comenzado a predicar. Tales doctrinas estaban ya minando el prestigio, aparentemente inconvencible, del mercantilismo, del paternalismo y del restriccionismo. Socavaron definitivamente la idea de que las máquinas y los procesos ahorradores de trabajo provocaban paro y empobrecían a las masas. Los economistas del *laissez faire* fueron, por eso, los adalides del progreso técnico sin precedentes que los últimos doscientos años han contemplado.

Un segundo factor contribuyó a debilitar la oposición contra las nuevas industrias. Las fábricas, en efecto, resolvían a los gobernantes y a los aristocráticos terratenientes en el poder los arduos problemas que ellos mismos no habían sabido solucionar. Las nuevas instalaciones proporcionaban medios de vida a aquellas masas de desheredados que antes todo lo invadían. Se vaciaban los asilos, las galeras, las cárceles. Los ayer mero pordioseros se trasmutaban de pronto, en activos trabajadores que, con solo su propio esfuerzo, conseguían ganarse la vida.

Los nuevos industriales jamás gozaron de poder coactivo alguno, para enrolar a nadie en las fábricas contra su voluntad. Contrataban

tan solo a quienes agradaban los salarios ofrecidos. Pese a la escasez de tales retribuciones, las mismas representaban para aquellas miserables gentes un premio muy superior al que en lugar alguno podían conseguir. No se arrancó a las mujeres de sus hogares y a los niños de sus juegos; esas madres no tenían que ofrecer a sus hijos, sumidas en el hambre y la indigencia. Las fábricas constituían la única posible salvación. El taller rescató a tales madres y a tales hijos de las garras de la muerte por inanición.

Es lamentable que los hombres tuvieran que vivir en similares condiciones. La culpa, sin embargo, jamás puede ser atribuida a los industriales, quienes -impelidos, desde luego, no por motivos "altruistas", sino egoístas- hicieron cuanto estaba en su mano por remediar dichos sufrimientos. Tan graves aflicciones habían sido engendradas por la organización económica de la era precapitalista, por el sistema imperante en los "felices tiempos pasados".

Durante las primeras décadas de la revolución industrial, el nivel de vida de los obreros era tremendamente bajo, comparado con el de las clases, a la sazón privilegiadas o con el de las modernas masas proletarias. Se trabajaba muchas horas, en malas condiciones higiénicas. Consumía rápidamente el hombre su capacidad laboral. Las fábricas, sin embargo, abrían dorado camino de salvación a aquellas masas a las que los imperantes sistemas restrictivos habían condenado a la miseria, privándolas de todo acomodo dentro del sistema. Acudieron en tropel tales desgraciados a las plantas fabriles, única y exclusivamente porque éstas le permitían elevar su nivel de vida.

La filosofía del *laissez faire*, son su histórico subproducto, la revolución industrial, demolió las barreras ideológicas e institucionales que cerraban el camino al desarrollo económico y al bienestar social. Derribó una organización que condenaba a un número siempre creciente a la indigencia y al abandono más absolutos. La artesanía de otrora había trabajado, prácticamente en exclusiva, para los ricos. Aquellos talleres artesanos podían ser ampliados solo en la medida en que los poderosos incrementaban sus pedidos. Salvo a las gentes dedicadas a las producciones básicas, los demás trabajadores únicamente podían

colocarse si los de arriba estaban dispuestos a utilizar sus habilidades y servicios. Tal planteamiento, de la noche a la mañana, cambió. Las nuevas industrias arrumbaron los antiguos sistemas de producción y venta. Los bienes económicos no se fabricaban ya pensando tan solo en unos cuantos ricos: se producían para atender las necesidades de quienes hasta entonces prácticamente nada habían podido consumir. Mercancías baratas, que muchos pudiesen adquirir, eran las que iban a inundar los comercios. La industria textil algodonera fue la típica de los primeros años de la revolución industrial. Aquellos tejidos no eran, desde luego, para gentes pudientes. Los ricos gustaban de la seda, el hilo y los encajes. Las fábricas, con su producción en masas, gracias a la implantación de sistemas mecánicos, al iniciar una nueva producción comenzaban siempre fabricando los artículos más económicos, pensando invariablemente en el consumo de las grandes masas. Sólo más tarde, gracias a la elevación sin precedentes del nivel de vida del proletariado, que los propios talleres provocaban, comenzaron a producir en serie mercancías de mejor calidad. Al principio, por ejemplo, solo el proletariado gastaba calzado hecho; los ricos lo preferían a medida. Aquellos tan criticados telares de los siervos de la fatiga no producían, desde luego, ropas para los ricos, sino abrigo que atendiera la demanda de los económicamente débiles. Las elegantes damas y los distinguidos caballeros preferían los servicios de sus tradicionales sastres y modistas.

Lo más saliente de la revolución industrial es que la misma abrió una nueva era de producción en masa para cubrir las necesidades de las masas. Los trabajadores dejaron de ser personas meramente dedicadas a atender ajenos deseos. A partir de entonces, iban a ser ellos mismos los principales consumidores de los artículos que las fábricas producían. La industria moderna no puede subsistir sin los amplios mercados que los propios trabajadores constituyen. No hay actualmente en América ninguna gran industria que no se dedique a atender las necesidades de las masas. La actividad empresarial capitalista solo progresa cuando sirve al hombre común. Como consumidor, este último es el soberano que, comprando o dejando de comprar, enriquece o arruina a los empresarios. En la economía de mercado, solo proporcionando a las masas populares, del modo más econó-

mico y cumplido cuantas mercancías reclaman, es posible lucrarse. Cegados por sus prejuicios, muchos historiadores y escritores no logran advertir tan fundamental realidad. Creen que los trabajadores laboran para beneficiar a otros. Ahora bien, jamás, sin embargo, tan siquiera se preguntan quiénes son esos hipotéticos "otros".

Los Hammond nos aseguran que los trabajadores eran más felices en 1760 que en 1830. Tal aserto constituye un juicio de valor puramente arbitrario. No hay forma alguna de comparar ni mensurar la respectiva felicidad de personas diferentes ni aun de un mismo individuo en momentos dispares. Podemos, a efectos dialécticos, admitir que la persona nacida en 1740 era, en 1760 más feliz que en 1830, No olvidemos, sin embargo, que en 1770 (según Arthur Young) Inglaterra tenía 8,5 millones de habitantes, mientras que en 1831 (con arreglo al censo) la población inglesa era ya de 16 millones de almas. Tan notable incremento solo fue posible gracias a la revolución industrial. Los asertos de aquellos eminentes historiadores, por lo que atañe a esos millones de adicionales ingleses, únicamente podríamos admitirlos coincidiendo con los melancólicos versos de Sófocles cuando decía: "No nacer es, sin duda, lo mejor; ahora bien, lo que, en segundo lugar más conviene al hombre, una vez vista la luz del día, es retornar con la máxima celeridad a aquel lugar de donde procede".

14 |

Los primitivos industriales, por lo general, eran gentes que procedían de la misma clase social que sus dependientes. Vivían modestamente; gastaban en el consumo familiar tan solo una pequeña porción de sus ganancias, reinvirtiendo el resto en el negocio. A medida que fueron enriqueciéndose, sus hijos, sin embargo, paulatinamente, iban invadiendo los círculos otrora reservados a los aristócratas. Los caballeros de noble cuna envidiaban la forma de aquellos *parvenus* y les odiaban por ser partidarios de la reforma económica. El contraataque de la aristocracia tomó cuerpo imponiendo toda clase de investigaciones que pretendían averiguar la condición material y moral de los trabajadores industriales y promulgando diversas reglamentaciones laborales.

La historia del capitalismo en la Gran Bretaña, al igual que en todos los demás países capitalistas, registra invariable tendencia al alza del nivel

de vida de las masas trabajadoras. Tal realidad coincidió temporalmente, por un lado, con la aparición de la legislación social y la general implantación del sindicalismo, y, por otro, con insospechado, incremento de la productividad marginal del trabajo. Aseveran los economistas que aquel aumento del bienestar material de los obreros, se debió a haberse elevado el porcentaje del capital por habitante y a haberse implantado, gracias precisamente a ese adicional capital, todo género de adelantos técnicos. La legislación social y la coacción sindical, mientras no imponían retribuciones totales superiores a las que los trabajadores, en todo caso y sin presión alguna, hubieran conseguido, resultaban superfluas. En cambio, siempre que sobrepasó tal límite, no sirvieron sino para perjudicar los intereses de las propias clases de trabajadores a quienes se quería proteger. Retrasaron, en efecto, la acumulación de capital, demorando, consecuentemente, el incremento de la productividad marginal del trabajo y el alza de los salarios. Privilegiaron a ciertos operarios a costa de los demás. Provocaron paro masivo y restringieron la suma de bienes que los trabajadores, como consumidores, en otro caso hubieran disfrutado.

Los defensores del intervencionismo estatal y sindical atribuyen toda la mejoría registrada por la condición de los trabajadores a la actuación de gobernantes y asociaciones obreras. El nivel de vida de los asalariados, en otro caso, sería hoy tan bajo como lo era en las primeras épocas de la revolución industrial.

La aludida disparidad de criterio, desde luego, no puede zanjarse acudiendo a la experiencia histórica. No disienten los contraopinantes en torno a los hechos ocurridos. Su antagonismo brota de la dispar interpretación que tales realidades, respectivamente, les merecen y esa disimilitud de criterio viene determinada por la oposición existente entre las respectivas teorías científicas mantenidas. El sujeto, antes, tanto lógica como temporalmente, de lanzarse a interpretar el supuesto histórico de que se trate, valora y pondera planteamientos intelectuales y epistemológicos que le inducen a abrazar o repudiar determinada postura mental. Los hechos históricos, por sí solos, no permiten ni demostrar ni refutar teoría alguna. Forzoso resulta interpretarlos a la luz de la doctrina científica que quiera emplearse.

La mayoría de los autores que estudiaron las condiciones de trabajo bajo el capitalismo eran totalmente imperitos en ciencia económica: vanagloriábanse, incluso, de tal ignorancia. Ese su desprecio por las enseñanzas de la economía; sin embargo, en modo alguno suponía abordar los temas que pretendían analizar libres de prejuicios y sin parcialidad por determinadas doctrinas. Eran, en efecto, víctimas fáciles de esos tan populares errores que consideran omnipotente al ente estatal y benefactora a la actividad sindical. Nadie duda, por ejemplo, que a los Weeb, a Lujo Bretano y a la legión de otros escritores de segunda fila impelía, en sus estudios un odio fanático contra la economía de mercado y una admiración sin límites por el socialismo y el intervencionismo. Defendieron y propagaron unas ideas de cuya certeza y procedencia estaban convencidos. Esa su honestidad y buena fe exonerables en cuanto personas; como historiadores, sin embargo, incurrieron en culpa grave. Incide el historiador en honda responsabilidad, por pura que su motivación sea, al acoger erradas doctrinas científicas sin someterlas a rigurosa censura, pues constituye indeclinable deber para él analizar previamente, con el máximo rigor, cuantas teorías haya después de manejar en sus históricas interpretaciones. El escritor, cuando rehúye tan desabrido camino, prefiriendo dar cándida acogida a las confusas y contradictorias opiniones del vulgo, deja de ser historiador para convertirse en defensor y propagandista. El antagonismo entre los dos examinados puntos de vista en modo alguno, como decimos constituye problema meramente histórico. Hállase íntimamente relacionado con los más candentes temas del momento. En tal antagonismo precisamente se basa esa extendida controversia sobre lo que en América se denominan relaciones industriales.

Destacaremos, ahora, una sola faceta del tema. Extensas áreas geográficas de nuestro planeta –el Oriente asiático, las Indias neerlandesas, la Europa meridional y sudoriental, la América latina– tan solo muy superficialmente han sido influidas por el capitalismo. La situación en tales países no difiere mucho de la que prevalecía en Gran Bretaña al comenzar la revolución industrial. Millones y millones de seres carecen de empleo y de posible encaje dentro de aquellos tradicionales sistemas económicos. Solo la industrialización puede salvar a tan desgraciadas masas. Empresarios y capitalistas es lo que tales países



más perentoriamente precisan. No pueden ya dichos pueblos, a causa de las descabelladas medidas que alborozadamente se han impuesto, contar con los auxilios del otrora importado capital extranjero; no tienen más remedio, en la actualidad, que proceder a la correspondiente acumulación de capital nacional. Tienen que rehacer todas y cada una de las penosas etapas por las que pasó la industrialización de Occidente. Habrán, por tanto, de conformarse, al principio, con salarios bajos y largas jornadas laborales. Los gobernantes de dichos países, sin embargo, desorientados por los idearios que hoy prevalecen en Europa y en Norteamérica, creen poder recurrir a otras soluciones. Promulgan, en este sentido, una legislación social avanzada e incitan a los sindicatos a la "acción directa". Tan radical intervencionismo coarta y retrasa la implantación de nuevas industrias autóctonas. No comprenden que la industrialización jamás puede comenzar aplicando las normas de la Oficina Internacional del Trabajo ni de los principios del Congreso Americano de Organizaciones Industriales.

Tan cerril dogmatismo está perjudicando grave e inmisericordemente a los coolies chinos e indios, a los peones mexicanos y a millones de seres humanos, que al borde de la muerte por inanición, luchan por sobrevivir.



ISBN: 978-980-7118-79-8



9 789807 118798